

EL CAMPITO

Juan Diego Incardona

EL CAMPITO

INTERZONA

INTERZONA

Y en este rincón:

Incardona, Juan Diego

El campo / Juan Diego Incardona. - 2a ed ilustrada. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2018.
192 p. ; 21 x 13 cm. - (Segundo round)

ISBN 978-987-3874-87-1

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

© Juan Diego Incardona, 2009 - 2018

© interZona editora, 2013 - 2018
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Primera edición: 2013

Segunda edición: 2018

Ilustración de tapa e interior: Ariel López V.
Composición de tapa e interior: Brenda Wainer
Corrección: Clara Oeyen

ISBN 978-987-3874-87-1

Libro de edición argentina.
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

*Late un corazón,
déjalo latir.*

Homero Expósito



CARLITOS EL CIRUJA Y SU HISTORIA DEL GATO MONTÉS

Era la época de las tizas locas, de la remarcación. Mis viejos se pusieron nerviosos porque no les alcanzaba la plata y estaban intratables, así que preferí salir a la calle para despabilarme un poco.

En la esquina de la Juanita me crucé con Leticia y el Moncho, dos amigos de los Grupos Juveniles del Sagrado Corazón que tenían más o menos la misma edad que yo, diecisiete, dieciocho años. Nos sentamos en la vereda y nos pusimos a charlar. Era sábado tipo diez de la noche. Corría mayo de 1989.

En la terraza de Boris Karloff había un muñeco de jardín con cara de maldito, al que todos llamaban “El enano de Ugarte”. Estaba pegado en la cornisa mirando hacia la calle. Esta vez le devolvíamos la mirada con un poco de miedo, supersticiosos por las historias que contaban otros pibes del barrio, que decían que a veces, cuando pasaban, no lo veían, que seguro el enano cobraba vida y se soltaba de la pared. Nosotros nos cagábamos de la risa pero por adentro nos agarraba chucho. Como esta vez que no parábamos de mirarlo, desconfiados de él o directamente hipnotizados. Alrededor, la cuadra parecía correr la misma suerte, porque no volaba ni una mosca.

De pronto, empezamos a oír una cosa rara aumentando su volumen. Era una voz que no conocíamos, gruesa, que llegaba de la vuelta de la esquina.

El frío nos tenía acurrucados a los tres contra el paredón del almacén, con los ojos a medio abrir y las piernas casi dormidas, así que ninguno mostró intención de pararse para ver de qué se trataba el asunto. Nos limitamos a esperar, pacientemente, que la voz llegara hasta nosotros.

*Oye, bajo las ruinas de mis pasiones,
en el fondo de esta alma que ya no alegras,
entre polvo de ensueños y de ilusiones,
brotan entumecidas mis flores negras.*

Enseguida asomó el cantante. Era un hombre flaco y barbudo. Tendría unos cincuenta años, capaz un poco más. Estaba todo despeinado y venía mal vestido, como un ciruja. Los dobladillos de los pantalones se le habían descosido y por eso al caminar se pisaba pedazos de la tela. Los zapatos, atados con cordones de zapatillas, estaban embarrados. En la mano traía una petaca. Lo acompañaba un gato grande, manchado en todo el cuerpo.

—¡Buenas! —nos dijo—. ¿Les molesta si me siento con ustedes?

—No, para nada. Siéntese —le contestamos.

—Mi nombre es Carlos, pero me dicen Carlitos, y ojo que no tengo nada que ver con el que ganó las elecciones. ¿Cómo se llaman ustedes?

—Leticia, Moncho y Juan Diego.

—Un gusto, pibes.

—Igualmente. ¿De dónde viene?

—Ahora, de ninguna parte en especial, siempre estoy dando vueltas, pero en realidad yo soy de La Sudoeste. ¿Conocen?

—No —contestaron mis amigos—, ¿adónde queda?

—Cruzando el arroyo de Don Bosco, por atrás del Mercado Central. Es un barrio medio inaccesible, pero esto es a propósito. Lo construyó la CGT.

—¿La CGT?

—Sí, y por encargo de la señora, Dios la tenga en la gloria. Antes de morirse mandó a construir un montón de barrios secretos, para refugiados políticos. Es que ella ya sabía la que se venía. Algunos dicen que los hizo el marido, pero nada que ver, él ni estaba enterado, fue ella.

—¿Y dónde están los otros barrios? —preguntó Moncho.

—Es difícil de explicar. Además, yo solo estuve en algunos. Y dudo que alguien los conozca a todos, porque están muy escondidos.

—Yo sí conozco La Sudoeste —dije—. Me llevaron allá cuando era chico, para curarme una culebrilla.

—Ah, entonces conocés a la Chola —comentó—. Esa mujer es propiamente una santa, curó a mucha gente. ¿Juan te llamabas vos?

—Juan Diego.

Carlitos se quedó un rato mirándome.

—¿Y cómo se llama su gato? —preguntó Leticia, rompiendo el silencio.

—No tiene nombre, porque él no es un animal doméstico, es un gato salvaje, un gato montés.

—¿Pero qué edad tiene el gato?

—¿Este? Es más grande que yo. Es un tipo de gato muy longevo. Nos hicimos amigos hace muchos años. ¿Quieren que les cuente la historia?

—Por favor —nos entusiasamos.

Carlitos se puso cómodo, apoyándose contra la pared, destapó la petaca y nos convidó. Todos bebimos, para no despreciar. Uno por uno fuimos probando la bebida, muy fuerte, con un poco de gusto a limón. Después, él le pegó un sorbo largo, la tapó y la dejó en el piso. En todo Celina no se escuchaba otra cosa que no fueran nuestros pequeños ruidos. El gato nos miraba fijo y Carlitos miraba la nada, cuando comenzó.

* * *

Era 17 de octubre. Estábamos todos los vecinos de La Sudoeste en la fiesta por el Día de la Lealtad. Cuando se hizo de noche, salimos al campito para jugar al Grillo, un juego nocturno que se practicaba allá por mis pagos y que a todos les gustaba, una fiesta popular, como la Fogarata de San Pedro y San Pablo o la Adoración de los Reyes Magos.

Se repartían instrumentos entre varias personas, para que los tocasen escondidos, y los demás los tenían que buscar en la oscuridad, con linternas. El último en ser descubierto ganaba como premio una canasta familiar.

Pasó un buen rato y todavía seguía en el juego. El instrumento que me tocó era una armónica, chiquita, pero de sonido fuerte. Debe ser por eso que los buscadores ya estaban a punto de encontrarme. Me andaban rondando. Yo me había escondido en una hondonada donde crecía un árbol de copa muy espesa, que cubría todo el pozo. Estaba al lado de una calle muerta, cerca del barrio. Era bueno el escondite, pero no quedaba otra que mudarme rápido, antes de que me encontraran, así que guardé mis cosas en una bolsa y salí al descampado.

Iba cuerpo a tierra. Por todos lados, se veían los rayos de las linternas, se oían voces. De repente, empezaron a gritar:

—¡Ahí va uno! ¡Ahí va uno por el pasto!

Me quedé duro como una piedra. Me descubrieron, pensé. Pero no era conmigo la cosa. Habían agarrado a otro, a veinte metros mío.

—Por favor —pedía el tipo—, denme una segunda oportunidad, por favor.

—No, ya estás capturado —le decían los buscadores, y se reían—, ahora tenés que venir con nosotros.

Enseguida se lo llevaron dos vecinos, desapareciendo en la oscuridad, en dirección a Camino de Cintura. Después, los buscadores que quedaban empezaron a decir:

—Hay que rastrillar la zona, por si hay más escondidos.

Justo en ese momento, ¡qué mala suerte!, rompí sin querer una ramita tirada en el piso, y el ruido los alertó.

—¡Por ahí! —dijeron, y se me venían encima. Final del juego, pensé, hasta acá llegué.

Pero no estaba todo dicho en esa oscuridad. De la nada, apareció el gato, que pegó un salto bárbaro, hasta ponerse adelante mío. A propósito se mostraba para que lo viesen. Iba y venía a mi alrededor, que seguía tirado boca abajo, quieto y tapado por el pasto.

—No pasa nada —dijeron los buscadores—, es un gato —y se fueron.

Una vez que se alejaron, me levanté despacio. El gato estaba parado a unos metros, mirándome.

—Gracias —le dije.

Yo sabía que él podía entenderme. Saqué de la bolsa unas galletitas y se las tiré. A partir de ese momento, empezó a seguirme.

Encaré hacia la parte más oscura de los potreros, para que la negrura me protegiera de los vecinos. Yo nunca había ganado uno de aquellos juegos y ese año estaba decidido a lograrlo. El propio concejal coronaría al campeón, junto a la reina elegida. Era un gran honor. Además, la canasta era succulenta. Traía vinos, quesos, fiambres y latas de atún, entre otras cosas. Para mí, que nunca me gustó trabajar y que siempre estoy dando vueltas, me venía como anillo al dedo, pues la libertad que disfruto, muchas veces la tengo que pagar con privaciones.

Crucé terrenos baldíos y basurales, siempre alejado de las autopistas, los barrios y los rancheríos, siguiendo la línea de la Cruz del Sur, bien adentro de La Matanza. Los cazadores de grillos, de a poco, fueron quedando atrás. El gato me seguía, cada vez más cerca. Era agradable sentir su compañía, porque a veces, al avanzar, el conurbano se vuelve tan rural con sus descampados, que pareciera que uno hubiese dejado los cordones industriales para perderse en el interior de la provincia, donde casi todo es pampa y la soledad te angustia.

No sé cuánto tiempo habremos caminado pero se notaba que eran altas horas de la noche. Serían, digamos, las dos o tres de la mañana, cuando de golpe nos chocamos con un paredón. ¡Qué raro! Era la primera vez que pasaba por ahí. Era largo y todo tapado de enredaderas. Por curiosidad, me trepé, para ver qué había del otro lado. El gato también se subió. Al asomarme, me encontré con un barrio, uno que no conocía. Seguro era otro de los barrios secretos de la señora. En el medio tenía una plaza: estaba llena de gente. Por todos lados se veían pasacalles, que decían:

25 DE MAYO DE 1810

Me sentí confundido. ¿Qué hacían todas esas personas festejando el 25 de mayo si estábamos en octubre? ¿O estábamos en mayo? Ya no sabía qué pensar. Quizás tantas vueltas en el campito me habían mareado la memoria y el sentido de la orientación. Me puse paranoico y empecé a dudar, ya no solo del tiempo, sino de las cosas que veía en ese momento. ¿Eran ciertas esas casas o me las había inventado de las piedras y las montañas de basura?

¿Realmente existía esa gente o eran cañaverales y arbolitos? Supuse que me había vuelto loco. ¿Pero cómo iba a estar loco y a pensar que estaba loco? No era lógico. Claro, era una locura, me reí solo, y me sentí más loco. ¿Y ese gato de ojos colorados? ¿Por qué me perseguía? Empecé a transpirar y el corazón me latía con fuerza. Traté de calmarme. Cerré los ojos, esperé un rato y después los abrí de nuevo, para ver si cambiaba algo. Pero nada cambiaba. Yo seguía trepado al mismo paredón y, del otro lado, un montón de gente insistía en festejar el 25 de Mayo. Todo el mundo andaba con escarapelas y en las casas flameaban banderas argentinas. Pensando y pensando, recordé los cuentos que nos contaban allá en La Sudoeste, e imaginé, no sé si por acordarme de aquellas historias o porque se me acababa de ocurrir a mí, que algunos barrios del campito seguían calendarios diferentes, que probablemente eran doce barrios, uno por cada mes, y que si en La Sudoeste corría octubre, era lógico que allí fuera mayo y, obviamente, en otras localidades vecinas junio, o agosto, o diciembre. ¿Era aquella jornada, además, día feriado en cada barrio? Era lo más justo, pensé. No sería equitativo que algunos trabajadores disfrutaran del descanso, mientras otros compatriotas, a pocos kilómetros, se vieran obligados a trabajar, así que me convencí de que si caminaba más allá, bordeando el campito, seguro me toparía con un barrio adonde los vecinos estarían festejando el Día de la Bandera, y que si volvía hacia La Sudoeste y seguía de largo hasta el final, iba a ser obvio que, ya en los primeros calores de diciembre, la gente estaría celebrando el día de La Inmaculada Concepción.

Ensimismado, dudaba si quedarme o seguir mi camino hacia algún otro feriado, cuando de pronto sentí una voz que me gritaba:

—¿Eh, usted, qué anda haciendo ahí?

Miré para un lado y para el otro y descubrí, a pocos metros, a un señor muy alto. Me miraba fijo. Era barrendero o algo así. Empujaba un carrito y llevaba un uniforme que decía: MUNICIPALIDAD. Ya está, pensé, me agarraron en esta.

—Nada —contesté—, solo estaba mirando.

—¿Y ese gato?

—Viene conmigo.

—Ah, bueno —contestó, con cara de desconfiado—. Venga, hombre, no sea tímido, acérquese, que está por empezar el acto.

Ahí me di cuenta que ese tipo no sabía nada del Grillo, así que me tranquilicé.

—Venga, venga —insistía.

—Bueno, gracias, cómo no —le dije, y bajé del paredón.

—Mire, vaya bordeando las casas, por esa calle —me indicó—, que termina en la plaza.

Empecé a caminar, dándome vuelta dos o tres veces para saludarlo. Ahora, el gato iba casi pegado a mí. Le di una galletita más. La agarró de mi mano, muy respetuoso. Poco a poco, nos mezclamos entre la gente, que salía de todas partes. Parecía un hormiguero. Los negocios ofrecían mercadería en las veredas, hasta los vecinos habían puesto mesas en las puertas de las casas, para vender empanadas, pizzas y sándwiches. No se hablaba del Grillo, se ve que no estaban enterados, así que nadie se metía conmigo, aunque muchos lo miraban raro al gato, como que no les caía bien.

Cuando llegamos a la plaza, nos encontramos con una peña. La gente bailaba al compás de una orquesta folclórica, que tocaba sobre un escenario. Todo el mundo comía y bebía. Una señora me ofreció un vaso de vino, pero no sé por qué yo andaba medio porfiado de todo el asunto, así que preferí no tomar. Había guirnaldas, globos y adornos. Después de un rato, la música se paró, y un señor agarró el micrófono:

—Ahora vamos a dar inicio al acto conmemorativo.

Enseguida, unos chicos disfrazados, acompañados por las maestras, subieron al escenario y empezaron con el número:

*Gente que sale a la calle
Ríe y se pone a cantar...
Son mil mujeres y hombres
Bailando el candombe
De la libertad.
Ya lo ves
Es 25 de Mayo
de 1810.*

Los números eran uno más lindo que el otro. Hubo obras de teatro, bailes y coros. La gente comía hasta llenarse la panza, pero más que nada tomaba, sin parar, todo lo que se servía: vino, cerveza, licores. Pasada la medianoche, ya estaban todos entonados, menos yo, que seguía sobrio. Lo bien que hice.

En un momento, un hombre grandote, que estaba cerca de la mesa de los platos dulces, empezó a señalar para el lado donde estaba yo, y los llamaba a los otros. Se juntaron varios. De golpe, se pusieron a gritar como locos:

—¡Agárrenlo! ¡Agárrenlo! —y se vinieron encima.

En menos de un suspiro, los tenía a todos alrededor.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Pero nadie me escuchaba, ni siquiera me miraban, porque no era a mí al que querían, era al gato, pobrecito, y ¡zas!, le tiraron un lazo que le embocaron justo en el cogote.

—¡Agárrenlo fuerte! —gritaban, mientras el gato se revolvía furioso.

El resto de la gente, alertada, dejó lo que estaba haciendo y se acercó.

—¿Por qué le hacen eso? —me metí—. ¿Qué mal les hizo este pobre animal? Él viene conmigo.

Entonces el grandote, que lideraba el grupo, me encaró y me dijo:

—Señor, usted no sabe con quién está caminando.

—Pero por qué me dice eso —contesté—, si es un gato bueno.

—Está equivocado, señor, él no es un gato, es un hombre gato.
Me quedé mudo.

—Es un hombre gato —me repetía el grandote.

—¿Pero qué está diciendo?

—Señor, escúcheme —me dijo, mientras me agarraba de los brazos—, esta es una criatura diabólica, hace mucho que viene rondando alrededor de nuestro barrio, espantando a la gente.

—Pero no puede ser —le dije.

—Señor —el grandote me empezaba a zarandear—, ¿conoce la historia de los Hombres Lobos?

—Sí, por supuesto.

—Entonces sabrá que cuando viene la luna llena esos hombres se convierten en animales. Bueno, con los hombres gatos es al revés, ellos son gatos, y cuando se completa la luna se convierten en hombres, en hombres feroces, criminales.

Los vecinos enlazaron al gato con varias cuerdas y de a poco lo fueron llevando al medio de la plaza, donde lo ataron, contra un poste de luz. En un momento, empezaron a tirarle piedrazos, y a escupirlo. Yo pedía que lo trataran bien, pero no me daban bola, estaban todos pasados de vino, muy bravos, así que me fui a un costado, por atrás de un árbol. De ahí veía todo. Tenía que esperar el momento justo, para ayudarlo, no lo podía dejar así. Entonces me acordé de las cuatro fases del borracho.

El borracho empieza siempre con la fase del mono, que en este caso fue cuando la gente bailaba y cantaba, después sigue la fase del león, entonces el borracho se pone malo. Ahí fue que lo agarraron a él y lo maltrataron. Después de un rato, llega la fase del choncho, y vienen los vómitos. A eso de las cuatro de la mañana, los vecinos ya se estaban sintiendo mal, de tanto que habían chupado y mezclado. Algunos empezaban a irse, y ya no le prestaban mucha atención al gato. Pero todavía tenía que esperar un poco más, hasta que llegara

la cuarta fase, que es la fase del oso, cuando el borracho se queda dormido.

Clareaba. Los que habían quedado en la plaza estaban tirados, roncando. El gato lloraba, pero nadie lo escuchaba, salvo yo, que era el único despierto. Con cuidado, me acerqué, esquivando los cuerpos, hasta que por fin llegué al poste de luz. Le desaté los nudos y enseguida nos fuimos, despacio. Cuando casi habíamos dejado la plaza, reconocí al grandote que había agarrado al gato. Estaba tirado encima de otro. ¡Qué julepe! Porque de golpe abrió los ojos y me miró fijo. Pensé que el rescate iba a fracasar, pero tuvimos suerte, porque el grandote no atinó a nada, solo nos miró hipnotizado durante un rato, con los ojos quebrados por las venas rojas del cansancio. Después, los párpados se le fueron bajando.

Seguimos adelante, haciendo el menor ruido posible, caminando entre la gente dormida, las mesas todavía servidas en las veredas y las casas con las puertas entreabiertas. Todo el lugar había caído en un sueño profundo. Por fin, llegamos al paredón y lo trepamos de nuevo. El barrendero ya no estaba más, aunque podía verse su carrito a pocos metros, estacionado junto a un árbol. Antes de saltar al otro lado, miré por última vez ese barrio: el viento arrastraba todo, papeles, vasitos de plástico, la ropa. Después, nos metimos otra vez en el campito, ¡estábamos salvados!, aunque igual avanzamos con cuidado, porque a lo lejos, allá en la zona de octubre y de noviembre, parecían brillar los rayos de las linternas, yendo y viniendo, en busca de los grillos.

No sé, a ciencia cierta, cuánto tiempo pasó hasta que volví a La Sudoeste, si horas, si días, si meses. Cuando llegué, fui directo a la Municipalidad a reclamar el premio, porque estaba seguro de que yo era el ganador, pero el muchacho que me atendió, un secretario bastante atareado y quizás por eso de pocas palabras, me comunicó, luego de revisar entre los archivos, que yo había sido descalificado por no haberme presentado en término. Me di por vencido y salí de ahí.

En el barrio, la gente había retomado sus actividades cotidianas, los grandes trabajaban, los chicos estudiaban. Este panorama me produjo una gran angustia y, casi por inercia, caminé de nuevo hacia las afueras.

En la última esquina, me despedí de La Sudoeste en silencio, de sus calles, de sus potreros, de mi vieja casa, y salí otra vez al campito, sin rumbo, a ver qué me deparaba el destino. A mi lado caminaba el gato montés, que iba a ser, en los tiempos que se avecinaban, mi primer compañero de aventuras.

* * *

Carlitos guardó silencio y cerró los ojos. Moncho y Leticia tampoco dijeron nada. Yo estaba impresionado por la historia y por lo bien que se había expresado ese hombre. Miré alrededor. Villa Celina se veía a medias, apenas iluminada por los viejos faroles del alumbrado. En un momento, me puse a pensar cuál sería el mes que le tocaría en suerte, si distribuyeran el calendario entre las localidades que conocía. Primero imaginé que podría ser diciembre, por los colores y los olores especiales que tenía el barrio cuando llegaban las fiestas; después creí que enero la representaba mejor, con sus largas siestas del infierno, de asfalto y alquitrán derritiéndose por el calor.

Carlitos se puso de pie.

—Bueno, me voy yendo.

—¿Ya se va?

—Sí, pibes, fue un gusto.

—Igualmente —contestamos los tres, y nos paramos.— ¿Va a volver?

—Sí, un día de estos.

—Cuando quiera. ¡Muchas gracias por la historia!

—No hay de qué —dijo, y se fue junto al gato, en dirección al Mercado Central.

En silencio, los vimos durante un rato, achicándose en el horizonte de la calle Martín Ugarte, contra un cielo negro, interrumpido por la luna creciente que parecía caerse, allá, en el final.